

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. GALINDO. — Madrid.

—Y ¿qué le ha recomendado a usted el doctor contra la obesidad?

—Pues, que me dé muchos paseos, que coma muchos vegetales y, sobre todo, que vea muchos cuadros del Greco.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		
Trimestre (15 números).....	5.20	pesetas
Semestre (26 —).....	10 40	—
Año (52 —).....	20	—

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		
Trimestre (15 números).....	6.20	pesetas
Semestre (26 —).....	12,40	—
Año (52 —).....	24	—

EXTRANJERO		
UNIÓN POSTAL		
Trimestre.....	9	pesetas
Semestre.....	16	—
Año.....	32	—

ARGENTINA (Buenos Aires)		
Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856		
Semestre.....	\$	6 50
Año.....	\$	12
Número suelto.....		25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
 DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

17.—Obra literaria.

ORIENTE

PAVIMENTO SATURNO
MATADOR DE TOROS ES

18.—Refrán.

NOTA NOTA 501 SERES

NOTA NOTA TÍO TÍA

19.—Uno muy malo.

Algo así como 1
ruido de campanas

20.—Pueblo de Madrid.

Para las ovejas
Para las ovejas



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

21.—Refrán.

1500

H

100

1000

A

100

22.—Refresco.

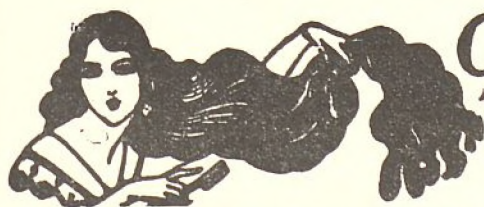
BEBÉ
Elefante

23.—Charada.

—Segunda dos, ¿dónde está la pri-
ma tercía que trajeron ayer?

—En la todo.

**BUEN HUMOR lo vende en México D. Nico-
lás Rueda en su nueva Librería de la ca-
:: :: :: Ile 2.^a Victoria, núm. 33 :: :: ::**



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a
toda solución que se nos
remita con destino a nues-
tro CONCURSO DE PA-
SATIEMPOS del mes de
noviembre.



Elta (antes de fugarse).—Permíteme un minuto:
voy a despedirme de papá.

(De London Opinion, Londres.)

LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

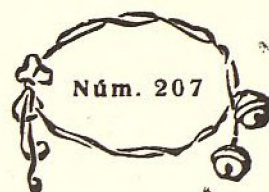
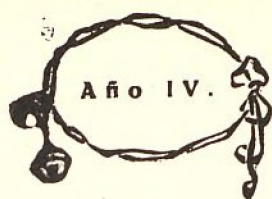
La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—**DEPOSITARIOS:** en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



TRAMPANTOJOS

Estudio comparado de los señores abonados al teléfono desde su creación hasta nuestros días.



ARGO era el título de aquel libro y por eso ha sido tan largo el epígrafe de esta referencia en que lo reproduzco íntegro.

Fué un negocio editorial de los que hacen época. El autor, D. Ceferino Hernández Piamonte, estaba cansado de lanzar a la circulación dramas, comedias, novelas pasionales y novelas mundanas. Ninguno de sus libros se lograba vender y observaba como asfdua visita de la librería Nueva, que constantemente entraban gentes que pedían los libros más ajenos a la literatura como el «Prontuario de los aficionados al teatro» o la «Historia de las reuniones de Sociedad». Entonces pensó don Ceferino: «El éxito está en encontrar un libro lo bastante absurdo para merecer la atención del público.»

Muy renunciada esa idea se le ocurrió el genial proyecto de escribir el estudio comparado de los señores abonados al teléfono desde su creación hasta nuestros días. Su editor, siempre despectivo, le abrazó y le dijo: «Haga usted ese libro que nos hincharemos de ganar dinero.»

Le fué difícil a don Ceferino encontrar todas las listas anuales primero, después cuatrimestrales y por fin voluntariales de los abonados al Teléfono, pero al fin con ellas a la vista, comenzó el recuento. Aquello iba a ser casi un diccionario enciclopédico.

La G casi hacía doscientas páginas.

Las referencias de cada abonado iban en esta forma: Gil Muñoz (don Vicente) figura en la lista de Teléfonos de 1902, en el primer cuatrimestre, en el segundo y en el tercero. En 1903 gana unos

puestos en su letra y después del segundo cuatrimestre deja el teléfono según referencia que hemos podido conseguir, por ausentarse al extranjero.»

La obra hubiera sido de un éxito más portentoso, si se hubieran podido dar los retratos de los abonados, pero no pudo ser.

Al día siguiente de aparecer estaban vendidos los veinte mil ejemplares de la edición. Se la arrebataban a los libreros. Numerosas gentes que habían tenido la vanidad, el exceso o la suerte del teléfono durante unos meses en crecido, querían recordar su buena época, ver cómo figuraban honrosamente entre el número de los privilegiados. Hasta los nietos de los telefonadores venidos a menos, compraron la obra genial de don Ceferino Hernández Piamonte para mostrar a sus fa-

miliares que su abuelo tuvo el 5-6-7 de la Central antigua.

Seis máquinas en una.

Entre los industriosos, especiosos y graciosos inventores contemporáneos ninguno como Adrián Antúnez de Rivadavia.

Este caballero que explota la «Vitamina en polvo» específico de venta al por mayor que ha dejado bizcos a los farmacéuticos viendo cómo les desaparecen los frascos de las estanterías ya que la «Vitamina» es la atracción de la época, no contento con eso, ha inventado «Las seis máquinas en una».

Esta única máquina que hace seis menesteres y que es escofinante, y afila lápices y arregla las uñas como una perfecta manicura y depila por arranque y perfora papel y corta puros, ha sido un éxito del reclamo y el mercado se ha abastecido de ella en gran cantidad. Solo de Nueva York ha recibido el señor Antúnez, una petición en firme de cincuenta millares de ellas.

Sólo le preocupa en este momento al inventor de la «Vitamina en polvo» y de «Las seis máquinas en una», las reclamaciones amenazadoras que recibe casi diariamente y en las que muchos de los que han comprado «Las seis máquinas en una», se quejan de que por equivocación del resorte de cambio y muchas veces por distracción inevitable unos, al arreglarse las uñas se han afilado los dedos sangrientamente, otros al depilarse la punta de la nariz han utilizado el corta puros y, lo más lamentable, algunos al escofinarse los callos han usado la perforadora y casi han perdido un pie.

El inventor Antúnez considerará amargamente que aún está incivilizada la humanidad que no merece que nos salve la dote de seis máquinas por el precio de una sola.

Piensa despatentizar su invento.

RANÓN GÓMEZ DE LASERNA.



Dib. SILBNO.—Madrid.

EL JAMÓN DE TURULÉ

Corrían los tiempos de la guerra carlista. En uno de los batallones cristinos que tan a mal traían las huestes de Zumalacárregui, prestaba sus servicios a la Reina, el bueno de Alfonso Reyes (a) Turulé, natural de Mairena de Alcor, provincia de Sevilla.

No era hombre, Turulé, muy guerrero que digamos, y en aquellas marchas y entremarchas, avances y repliegues, apenas se corría la voz por la columna de que tras un monte se iba a ver un valle o un cerro moteado de rojo, ya estaba Turulé en la retaguardia haciéndole compañía al médico y pidiéndole remedio para sus males.

—¡Por víchale, hombre!... ¡Mir' usted que es fuerte cosa, mi capitán! ¡Con las ganitas que tengo yo de esbaratá a un «boinita» de estos, y en cuanto se me presenta la ocasión, ná, que me pongo a la muerte!

—¿No será de miedo?

—¿Qué miedo ni qué ná? Lo que yo me figuro es que como esos íos están tan a bien con los curas y los santos y resan tantísimo, pos Dios los tiene que escuchá manque no sea má que porque no digan. Y digo yo que dirá Dios: —¿Quién es er más fiero de la columna? ¿Quién es er que tiene más ganas de espansurrá carlistas? ¿Turulé? ¡Pos, fuera Turulé! Y manda un ange...

con mu mala'ge, que me pone malo. Porque es que me dan unas calenturas, mi capitán...

—Yo no noto... Un poco agitado el pulso... Una de dos; o tú no tienes fiebre o yo no entiendo nada.

—Será que usted no entiende, porque lo que es yo, ¡qué me vá usted a contá a mí! calentura tengo... ¡y güena!

—Como no sea una fiebre cilla nerviosa...

—¡Ahora ha dao usted en er quí ¡Nerviosa é! ¡Nervioso, que soy más nervioso yo que el rabo d'una lagartija! Na má de pensá que los tenemos tan serca, es que me entra un patriotismo y unas ganas de arreá p'alante y escabazá «boinitas» que me ponen fuera de sí.

—¡Vaya por Dios, hombre!

—No se pué sé tan valiente. Lo tengo visto.

—Sí, claro...

—Mir' usted dónde están. Ya se ven. Ea; pues tóqueme usted la frente, a vé si este sudó frío es naturá. ¡Mardita sea, hombre!

—¡Cálmate, muchacho!

—Con permiso de usted me voy a poné detrás de ese árbo, porque no quiero ni verlos, y no sea que me vaigna a dá un arrechucho y jaga jilo pa ellos sin darme cuenta, llevando yo

tras las del perdioso. Qué más quisieran esos sinvergüenzos que pillarme a mí con calentura y sin poderme valé! ¡Pos de mí no se rien!

—¿Pero vas a quedarte detrás del árbol?

—¡Sí, señó, que aquí no me ven y se fastidian. ¡Viva la Reina!

Pero si cuando tocaban a «arimá candela» Turulé tenía la desgracia que tenía, en cambio cuando todo iba bien, cuando se acampaba sin peligro o se alojaba la columna en un poblado, Turulé y nadie más que Turulé era el preciso.

Iba, venía, estaba en todas partes, siempre servicial, hacía mil cosas a un tiempo... ¡Era el alma del batallón!

Si de hacer un rancho se trataba, él con dos cebollas y un pimiento, hacía un estofado de carnero sin carnero que había quien topaba después de relamerse de gusto. Si el jefe daba permiso para un poco de diversión por la noche, Turulé sacaba a relucir su guitarra y allí cantaba flamenco todo el mundo.

Le tenía particular predilección a su teniente un rollizo mocetón gallego, siempre callado y taciturno, pero que, eso sí, daba el pecho donde había que darlo.

Y el teniente también apreciaba mucho a Turulé. Y era que no le iba mal al lado del de Mairena, porque...

—¡Rapaz más listu no lu pintan! ¡El mesmo demo es! ¡Y qué ojo tiene! ¡Nunca se equivocó! Siempre encuentra para mí el mejor alojamiento, la más sabrosa tajada, el más cómodo sitio del campamento... ¡A ojos cerrados iría yo con ese rapaz a todas partes!

—Mi teniente, véngase usted conmigo cuando hagamos alio que traigo en la mochila unos chorizos que van pegando chillíos de güenos que deben está.

—¿De dónde són?

—Der pueblo que hemos dejao atrás.

—¿Y los compraste tú?

—No me dió tiempo. Pero eso es cuenta mía y cuenta de usted ¡incarle er diente, que están que se rezuman de mantecosos que són.

Y en efecto, cuando la ocasión llegaba. Turulé y su teniente, apartados de todos, allá, bajo la protectora semilla de un árbol, ponían los ojos en blanco paladeando los mejores chorizos que en su vida pudieran catar.

—Mi teniente, traiga usted su boleta de alojamiento.

—Mira, rapaz, que voy alojado al mesón y es bueno.

—Rompa usted esa boleta, hombre y véngase usted conmigo a casa del sacristán.

Y el teniente rompía su boleta, según a Turulé... ¡y no se había equivocado Turulé! Los alojados en la posada ce-



Dib
ORBEGOZO
Madrid.

—¡Hermoso abrigo de pieles! ¿De qué animal es?

—¡Mío!!

naban de munición oyendo rezar el rosario al huésped, mientras Turulé y su teniente disfrutaban en casa del sacristán de una espléndida cena, la compañía de unas garridas mozas, siete colchones en cada cama y al día siguiente lo mejor de la alacena del sacristán para el camino.

—¡Una joya de rapaz! ¡Un lince!
¡Cosa más avispada nun la ví!

■ ■ ■

Bien sentía Turulé que aquella noche no le acompañara su teniente en el alojamiento. El cura que —¡rara avis!— era cristino había acaparado a toda la oficialidad y el bueno de Turulé dormía solo en casa del carnicero bajo un dosel de jamones.

El mejor de ellos lo marcó por suyo y apenas se abrieron sus ojos a la luz del alba, cátese el jamón encerrado en su mochila.

Pero el carnicero, que a fuerza de alojar carlistas y cristinos, sabía que del mismo pie cojeaban unos y otros, cuando Turulé quiso despedirse le salió al paso diciéndole:

—No se irá usted de mi casa sin desayunarse, amigo. Deje usted esa mochila en cualquier parte y véngase a la cocina. Así lo hizo Turulé y mientras la emprendía con un tazón de leche migada, el astuto carnicero sacaba bonitamente el jamón de la mochila y lo sustituía por una vieja piedra de amolar.

Terminado el desayuno, Turulé requirió su mochila—el mismo carnicero ayudó a ponérsela—y tras un fuerte apretón de manos y un ¡hasta otra! allá se fué Turulé en busca de su teniente.

—Mi teniente, en cuanto hagamos alto, véngase usted conmigo.

—Así lo haré; ¿qué traes en el morral que tanto te pesa?

—Pesa lo suyo, si señor, pero usted dispense que guarde el secreto.

—¿Es cosa rica? ¿De comer?

—De comé y de ponerse como nos vamos a poné los dos: como chivos de dos madres.

—¿Qué es? ¿Qué es?

—¡Pocos son los diez deos de las manos pa chupárselos!

—Llevaré los guantes que tienen otros diez. Pero, di...

—Usted a callá y vamos andando.

—Ello huele bien y chacina me parece.

—Déjeme usted, hombre, déjeme usted que le dé la sorpresa.

—¡¡Tarari.... n!! ¡Alto la columna! Morrales al suelo, fusiles en pabellones, soldados tendidos aquí y allá y solos y andando Turulé delante y el teniente tras sus huellas.

—¿Dónde vamos Turulé?

—Sígame usted.

—¿Pero dónde me llevas?

—Ahí detrás de aquel cerro donde no nos guípe nadie.

—Es que hay un cuarto de legua.

—Mas cansao estoy yo que usted por que hoy si que me pesa la mochila.

—Turulé, ya está bien, alto Turulé.

—Que me siga usted, no sea usted caplasma.

—Te digo que no ando más. Estoy despeado.

—¡Vaya por Dios! Pues aquí mismo. Siéntese usted.

—¡Ahí va eso! —Y se descolgó la mochila que cayó pesadamente en tierra.

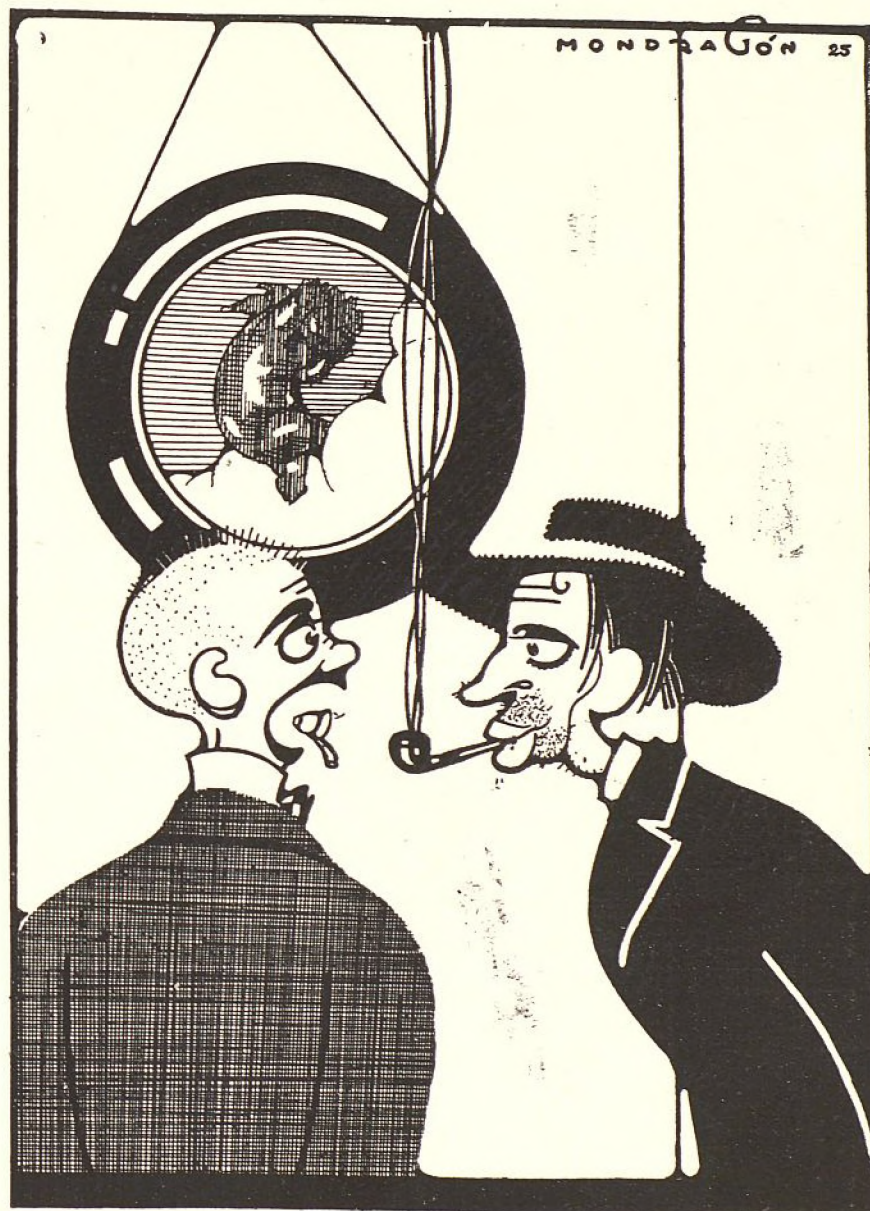
—¿Que demonios te habrás traído?

—¿¿¿Tiene usted ahí la navaja?

—¡Ahí vá la navaja!

—Y el bueno de Turulé cogió la navaja, abrió la mochila.... y al ver la piedra exclamó: ¡Güena se la voy a dejá a usted de afilá, como una navaja barbera!

PEDRO PEREZ FERNANDEZ



Dib. MONDRAGÓN—Barcelona.

—¿Y qué título lleva el cuadro?

—“Un amorcillo.”

—¿Un amorcillo?... Pues mejor es'aría titularlo una morcilla.

EL PÍCARO BIGOTE

Dicen que a toda prisa vuelve el *mostacho*:
que ya los *bigotudos* son más corrientes
y que de aquí a muy poco, no habrá un muchacho
que no lleve sus *gufas* correspondientes.
Dicen que el *mosquetero* y *audaz bigote*
constituye el encanto de las chiquillas...
porque cuando las besan en el cogote,
les hace con sus rizos dulces cosquillas...
Afirman que el *mostacho* da aristocracia;
que una cara tapada, de burda, peca;
y que el que usa *bigote*, tiene más gracia...
(¡Comprendo ahora la gracia de Muñoz Seca!)
Dicen que los barberos han protestado,
porque a los *bigotudos* produce hechizo
su *rizoso bigote* ver bien *rizado*...
y a ellos les da mareos *rizar el rizo*.
Dicen que muchos *sacris* sienten afanes
de llevar más bigote que sus abuelas...
porque ellos no son curas, son sacristanes;
¡No son *rapa-bigotes*! ¡Son *rapa-velas*!
Y hasta afirman que existe mujer hombruna,
que contra la tal moda se ha producido...
Porque es lo que ellas dicen: «¿Entonces una
en qué va a distinguirse de su marido?»
¿Queréis, caros lectores, mi opinión clara?
¿Queréis que os comunique lo que yo creo?
¿Sabéis por qué yo *limpia* llevo la cara?...
¡Porque tengo un *bigote* bastante feo!

¡Porque sin criticarlo no hay quien lo vea!...
¡Porque me sale tieso como un garrote!...
¡Porque el muy miserable se *me canea*!...
¡Porque es un *limpia* barros más que un bigote!...

Pero si yo tuviera, como hay quien tiene,
unos mostachos de esos como la seda
que se rizan del modo que más conviene,
y mujer que los mira, tonta se queda;
bigotes que yo llamo, si son nacientes,
la ceja de la boca; bigotes sabios
que en nuestra edad dichosa de adolescentes;
son *la ojera invertida* de nuestros labios.
Bigotes de esa especie, juzgo herejía
no llevarlos pujantes y retadores...
¡Cuánto, si los tuviera, presumiría
el que estos versos firma, caros lectores!
¡A cuántas mujercitas tornara bobas,
mostrando de mis dientes las *blancas perlas*!
Mas cuando los bigotes son dos *escobas*,
¿qué es lo que va a hacer uno más que barrerlas?
Luzcan, pues, sus mostachos los que compiten
con *Apolo* y *Narciso*; pues cosa clara
es que las muchachitas se les derriten...
y hasta cogen sus *gufas*, con maro avara...
pero, a los vejestorios, que se los quiten;
y, si fuera posible, ¡también la cara!

JAVIER DE BURGOS



Dib. ORTIZ DE ZÁRATE.—Madrid.

—Mire usted; esto es insoportable; ayer me encontré en la sopa un pelo blanco y hoy uno negro.
—No le extrañe al señor; es que hemos cambiado de cocinero.



Dib. CISNEROS.—Madrid.

LA DONCELLA Y EL PINCHE

—¡Lo que me molesta del cocinero es que no hace mas que echar ajos!



Dib. ARENGER — Madrid.

—¡Chavó, vaya pescal ¡Una lata de sardinás!

—¡Vacía!

—¡Míá, tié dentro un poco de pez!

MI AMIGO ARTURO

Mi amigo Arturo estaba ya de banquetes hasta la coronilla. Era hombre muy relacionado y esta era la causa de que todos acudieran a él solicitando su asistencia a actos tales.

—Arturo, hoy se da un banquete a don Asciclo Bulia, por su magnífico aparato caza-moscas.

—Arturo, tienes que asistir a la comida que se da hoy en honor de D. Tiburcio Taparrabos. Ya sabes... Ha escrito una magnífica obra...

—¿Qué obra?

—¡Hombrel! ¿No la conoces? Pues, sí, chico... «¡El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha!»

—¡Pero, si es de Cervantes!—decía Arturo asombrado.

—¡Ya lo sé!—le contestaba el otro.

—¿Me crees acaso tan ignorante? No la he leído, pero todo el mundo conoce a su autor. Es que D. Tiburcio la ha escrito de nuevo, con una magnífica letra redondilla...

—¿Que la ha escrito? ¡Será que la ha copiado!

—¡Toma! Pues, ¡claro! Pero haber si eso no se merece un homenaje...

Y Arturo tenía que concurrir a todos los banquetes dados en honor de todos los Asciclos y Tiburcios que existen por ahí.

...

A Arturo fastidiábanle estos actos por muchas razones: Primero, porque la mayor parte de las veces los platos eran pocos y malos. Además, sentía ante ellos una profunda decepción. Se anunciaban, por ejemplo, arroz a la *marrón glacé*, o judías a la *amarillí-estracé*, y luego resultaba que lo primero era sencillamente arroz con bacalao, y lo segundo judías envueltas en papel de estraza.

Otra cosa molestaba a mi amigo: los discursos. Concluían de comer; cada comensal se aflojaba, un tanto disimuladamente, el pantalón; a renglón seguido todas las miradas dirigíanse, unánimes al W. C. Era la hora sagrada de la digestión. Pues, bien, en tal momento, un señor muy grave y muy estirado, se levantaba y endilgaba un discurso. Inmediatamente, otro señor, también muy grave y estirado, levanta-

tábase y endilgaba otro discurso. Nuevo señor, y nuevo discurso. Veinte señores más y otros tantos discursos. Cada vocablo que pronunciaban era un magnífico canto al homenajeado, y un rodadísimo canto que caía en el estómago de Arturo. Mi amigo no comprendía la razón de tales peroratas. Pero un día la luz se hizo en su cerebro. Observando a sus oradores, notó que hablaban, no con la boca, sino con el vientre. Entonces, comprendiólo todo. ¡Aquellos señores hacían, hablando, la digestión!

Cuarta cosa que le hacía la pascua a Arturo: el ramo de flores reservado para la madre o la esposa del festejado, ramo marchito, aceitoso, oliente a comida... Mi amigo sentía germinar en su alma un sentimiento de compasión hacia las pobres agaciadas con el recuerdo.

Irritaba también a mi amigo las quince o veinte pesetas que le costaba el cubierto, cuando por tres comía él tan ricamente en el suntuoso restaurant *El tiburón escamado*.

Y, sobre todo, le sacaba de quicio la imprudencia de aquellos actos, ya que ninguno de los festejados merecía, no digo una comida, sino ni el más insignificante mondadientes...

...

Mi amigo Arturo estaba desesperado. ¡Quince días del mes, y a banquete por día! Doscientos platos extranjeros en su estómago—¡vaya una Babel!—trescientos discursos, trescientas cincuenta pesetas... ¡El desastre! Había que pensar en algo: en el suicidio, en el asesinato, en la propaganda... Agarróse a este último recurso, y al grito de «¡Abajo los banquetes!» recorrió todos los teatros de España. Tuvo que desistir. Sus oyentes, para expresarle la admiración que por su verbo cálido sentían, no ideaban otro medio que el banquete. ¡Era el colmo! ¡Un banquete a él, al formidable detractor de ellos! ¡Taifa de imbéciles! Y Arturo sonreía con amargura...

...

Era su amigo Ignacio el que le hablaba:

—Has de venir, Arturo, has de venir. Es en honor de D. Jenaro Triparrota, autor del *Método de solfeo radiotelefónico*, y de *Intimidades de hombres célebres*. Un libro estupendo éste. Se dice en él cómo se cortaba los callos Felipe II; forma en que estornudaba María Antonieta; perros que tuvo Carlos V; el diámetro exacto de los quevedos de Quevedo... ¡Y documentado, maravillosamente documentado!

Arturo tuvo una idea genial. Sonrió, rascóse la frente, tornó a sonreír... Luego, murmuró: «Sí, indudable... La gente le tomará miedo a los banquetes... ¡Eso es! ¡Magnífico, admirable! He tenido una gran idea...»

¿Cómo atrevióse Arturo, tan bueno, tan apacible? El caso es que se atrevió. Durante el banquete a D. Jenaro, mi amigo no cesó de rondar el edificio en que aquél se celebraba. De repente, asomóse a una ventana—el comedor daba a la calle—y dejó caer algo. Una tremenda explosión conmovió la casa. Humo, llamas, gritos de dolor, voces de auxilio, espanto, confusión... En fin, un drama, modernizado, de Echegaray. Arturo pudo pensar con delectación en la excelencia de la bomba que adquirió.

Y al día siguiente... ¡Oh! Produce espanto, mucho más que el rostro de Bergamín (según Ernesto Polo) o que un artículo de Ramiro de Maeztu, según todo el mundo. A Arturo lo detuvo—era un magnífico día soleado—lo detuvo en la calle—la de Leganitos, si no estoy mal informado—lo detuvo, digo, un inspector de policía. Llamábase éste, según creo, Gregorio Espanteleón y era íntimo de nuestro héroe.

—¡Oh, Arturo!—exclamó el inspector—. Asistirás, ¿verdad?

—¿A dónde?—insinuó mi amigo con un triste presentimiento.

—¡Dónde ha de ser! Al banquete que le dan a Ignacio. Ya sabes... Fué el único que se salvó de la catástrofe de ayer... ¡Pues, por eso!

Arturo echó a correr y no paró hasta llegar al Támesis. Es decir, al fondo del Támesis. Porque, mi amigo se suicidó... ¡Descanse en paz!

DIEGO PRADO DEL ÁGUILA

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

— FIFI —
— MORANO —

No se fíen ustedes si ven a Fifi Morano seriecita en el retrato que aparece en esta página. Tuvo el gusto de retratarse reproduciendo o ateniéndose a un cuadro encantador de Ignacio Pinazo, y por eso está tan formalita. En el natural tiene, a más de toda esa formalidad — formalidad que nos da mucho miedo —, una cara de travesura que da gusto. Da gusto, sí, porque hay pocas mezclas tan graciosas y tan em-



DEL TEATRO
DE LA LATINA

es el de la malicia inocente. Por sería que se ponga y por mucho que cruce las manos sobre el delantal de colegiala, en gesto de no haber roto nunca un plato, el lazo pizpireto del peinado, tiene un no sé qué de pimpante y juguetón que delata la vivacidad comprimida, como las orejas del conejo cuando en dos patas, firme y tieso, se quiere hacer el grave.

Toda esa travesura es listeza;

bobadoras como unos ojos pícaros en una cara de buena. Y en Fifi Morano es así: parece que se va a burlar de nosotros, pero sólo por juego de chiquilla, por retozo natural de juventud y buen humor. Está muy bien educada —¡oh, sí!—; pone una boquita y unos ojos de nena, que se aprendió bien la lección de urbanidad: «Muy bien.



véanla si no representar las comedias.

El dibujo que aquí véis es suyo. Solamente suyo. Es uno de tantos: cuando escribe una carta, no lo hace sin que lleve, según parece, sembrados por aquí y por allá, por todos los sitios, esos muñequillos, juguetones que parecen, además, armoniosas notas de música.

¿y usted?... ¡Para servir a usted!»; pero algo nos hace presentir que hará una burlita a los maestros cuando se vuelvan de espaldas y que los maestros lo

saben y, para sus adentros se ríen, porque saben también que no lo hace por maldad; que uno de los encantos primeros en esta chiquilla encantadora

ca, duendecillos que se han escapado del pentágono para brincar siempre a su gusto.

El gusto es nuestro.



Dib. GARRÁN.—Madrid

—Eres mi primer amor.
—¡Ya lo sé, Chuchita!
—Y también eres el primero que se lo cree.



Dib. ALFARAZ.—Madrid.

—¿Quieres que juguemos a los novios?
—Bueno: ¿y yo qué tengo que hacer?
—Tirarme pellizcos.

¡VIVA LA CIENCIA!

Juan Barbecho y Valdivia,
que es un hombre infeliz y un poco bestia,
lleva un mes soportando una molestia
que tan sólo en la cama se le alivia.
Ayer, dando berridos, y ambas manos
dirigiéndose al pecho,
en medio de una Peña de paísanos
gritaba Juan Barbecho:
—¡Yo no puedo vivir de esta manera!
Cada día que pasa, más me asusto.
La opresión en el pecho me exaspera,
porque no puedo respirar a gusto.
Parece que las manos de un gigante
me aprietan las costillas,
y no hay nada, don Juan, que más me espante
que morir asfixiado. ¡De rodillas
pido a Dios que me atienda
y que me quite esta opresión tremenda!
—Pero ¿no te ve el médico?

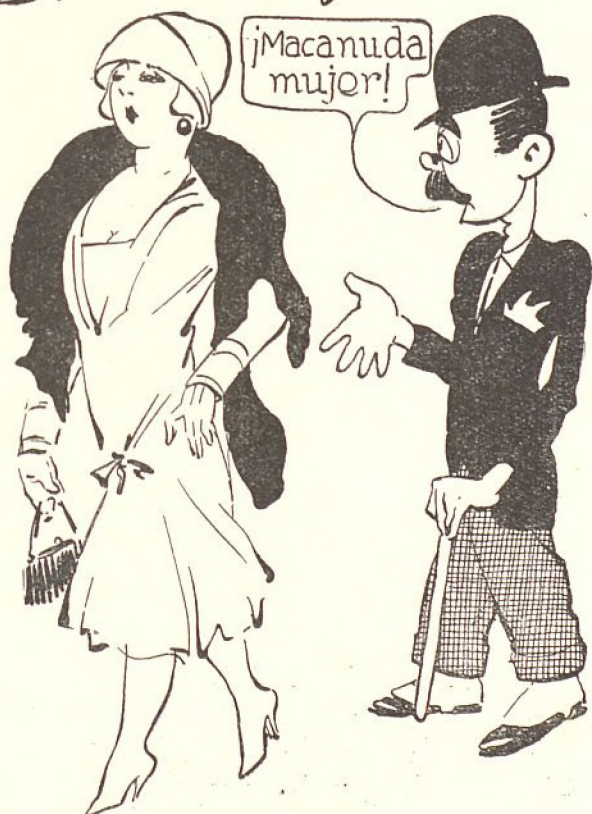
—¡Son doce
los que me han visto ya...! Mas se conoce
que este mal es muy raro,
pues me aplican al pecho sus orejas
y me dicen que no oyen nada claro
que motive mis quejas.
Y sigue la opresión desesperante...
y en esta situación a usted acudo

por ver si sabe usted de algún calmante
que alivie mi dolor tenaz y agudo.

Calló mi amigo. Yo, de angustia lleno,
al ver sufrir a un prójimo tan bueno,
pedíle inspiración a Dios clemente,
y, dándome en la frente
la clásica palmada, hice una mueca
de gran satisfacción y dije:—¡Eureka!
Ya dí con el remedio, por tu suerte,
de ese mal que tu tórax amartilla
y quizá te amenaza con la muerte.
—¿Qué haré, pues?

—Una cosa muy sencilla:
aflojate la hebilla
de la tira trasera del chaleco,
aunque quede la prenda un poco en hueco.
—Voy al punto a probar...—dijo el paciente,
y exclamó suspirando,
al ver que se aliviaba de repente:
—¿Qué es lo que estoy notando...?
¡Oh, sí! ¡Respiro ya perfectamente!
Merced a usted mi daño se mitiga.
¡Ya he logrado echar fuera
la opresión de mi pecho y mi barriga...!
¡Usted es, oh, don Juan, mi salvadera!
¡Qué ciencia la de usted! ¡Dios le bendiga...!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA



¡Un castizo!

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

BAMBALINAS DIABLAS Y TRAISTOS.

José Romeu y Julieta

Hemos visto en un periódico de la Corte una noticia que nos ha venido a comprobar sospechas nuestras.

En el Teatro Calderón, de Valladolid,

ha estrenado la Compañía de José Romeu la adaptación en verso del «Romeu y Julieta» de Shakespeare, hecho por Joaquín Dicenta (hijo).

Así, «Romeu y Julieta» con todas sus letras, dice en el suelto a que nos refe-

rimos. Y no es una errata. En el epígrafe, con letras mayúsculas, negritas, dice igual: también *Romeu*.

Esto nos hace pensar que la adaptación ha sido una adaptación en toda regla, es decir que han hecho del Romeu un Romeu para que se le pueda calzar, hecho a su medida, al primer actor y ruiseñor moribundo D. José Romeu.

No ha sido necesario cambiar mucho. José Romeu es un hombre tan poético, tan bello, tan adecuado para arrobar a las Julietas que es el propio Romeo, el Romeo por excelencia y por autonomía. Prueba de ello es que su nombre lo indica: Romeu es ya, desde luego, una adaptación de pila de Romeo. Ahora comprenderán los lectores por qué el joven actor canja de ese modo, se retrata de ese modo, habla y presume de ese modo, seduce de ese modo. Está hecho desde hace cuatro siglos al dño de amor por excelencia. De casta le viene al galgo.

De tal modo es así que la obra entera de Shakespeare parece escrita para él.

«Canta la alondra» —dice el galán. Pero Julieta asegura: «No; es el ruiseñor... Y el ruiseñor ¿quién es si no Romeu?» ¿Ustedes no han visto ni oído a Romeu en la *Muerte del ruiseñor*? ¿No le han visto haciendo de navarro y acicalándose la onda del pelo que le cae sobre la frente? ¿No le han visto derramando «una furtiva lágrima» melódica? Pues comprenderán, si le han visto, que todo eso estaba diciendo a gritos que el actor *contáble*, llevaba presente siempre su verdadera predestinación: el ser una adaptación del Romeu de Julieta; del Romeu de todas las Julietas. Incluso el hecho —elocuente— de existir, según creo, una marca de cigarros con el nombre de Romeu y Julieta ¿no es una alusión elegante a los humos —justificadísimos— de todo Romeu? Y Romeu ¿no tiene motivos suficientes para recabar en su favor una gran parte de esos humos?

Recuerde, recuerde quien dude todavía aquellas palabras verdaderamente proféticas del acto segundo:

Dice Julieta: —Ah ¡... Ten otro nombre! ¿Qué hay en un nombre? Aunque la rosa cambie de nombre siempre tendrá el mismo aroma. Así, Romeu, aunque se llamara de otro modo ¿perdería la perfección por eso? Reniega,



Dib. KARL.—Madrid.

—Voy a tomar un taxi para ir a comer porque tengo un apetito bárbaro...

—Pues, chico; en este caso creo que es más indicado que tomes un cangrejo.

Romeo de tu nombre y yo, contra ese nombre, que no es parte de tí, me daré a tí toda entera

Y Romeo responde, en vista de eso: —Te cojo la palabra—. No me llames ya desde ahora más que amor y así seré de nuevo bautizado. *Ya, desde hoy, no volveré a ser nunca Romeo.*

La profecía, pues, se ha cumplido.

En Martín, «A morir los caballeros», de Ernesto Polo.

Don Ernesto Polo es hombre con quien nos liga—decimos «liga», ¡bien lo sabe Dios!, sin la menor alusión maligna, simplemente porque al nombrar a nuestro Polo se impone el dulce retruécano—con quien nos liga, decimos, en lazo triple, un compañerismo indisoluble, un compañerismo forjado—digo «forjado», ¡bien lo sabe Dios!, sin darme tono de estilista—forjado por el mismísimo Destino; forjado y soldado—digo soldado refiriéndome a las soldaduras, por supuesto—, por una fatalidad anterior a nuestro nacimiento—con Polo nos liga la comunidad de aficiones literarias: y el persistente Buen Humor que nos sostiene; pero además y sobre todo me une a mí, particularmente con Polo, la fatalidad de tener un apellido retruécantizable. Somos víctimas de la misma fatalidad: no hay amigo ni conocido que no se crea en la obligación de lucir el ingenio a costa de nuestro distintivo paternal. «Conque Polo, ¿eh?... ¿de Orive?» «Hombre, hombre, Polo... ¿cuál?» «¿Es usted el polo frío o el caliente?» «Polo... el señor Polo... ¡vaya un fre co!» «Y qué, ¿han notado ustedes si el Polo está achatado?» Igual, igual que a mí: «Abril, Abril... ¡primavera de la vida!» «¡Abril el de las aguas mil!», etc... Si se acerca el buen tiempo: «¡Ya va llegando su mes!» Si se acerca el mal tiempo: «¡Caramba! Abril ahora; Primavera en Otoño!»... Por donde quiera que voy va el retruécano conmigo. Y con Polo pasa igual. Salvo la diferencia de temperaturas—polar la de sus retruécanos; primaveral la de los míos—, lo demás ¡todo lo mismo! Y, ¡claro es!, le miro con la simpatía del compañerismo y de la hermandad en la desgracia.

Luego dicen que si Polo retruécantiza... ¡No que no! Por mucho que retruécantice no devolverá todos los retruécanos que le coloca a él la gente.

Por eso cuando supe que iba a estrenar Polo tuve, a más de la satisfacción natural de humanidad y de compañerismo, otra satisfacción particular: Ahora Polo—me dije—va a devolverle a la gente los retruécanos y la gente va a tenérselos que pagar encima y aplaudir.

Así ha sido.

A morir los caballeros fué acogido

con el regocijo de los espectadores. Polo entre bastidores pensaría a cada chiste: «¡Chupaos esa!... ¿Qué os habéis figurado, que me iba yo a estar siempre aguantando que me colocáis los chistecitos a mí?... Quiá... ¡Ya véis!... Yo los coloco cara a cara, uno contra mil y os hago que paguéis dinero encima y aplaudáis.»

Así fué y así seguirá siendo.

No hay tiempo material—y al decir material digo material porque me da la gana, ¡qué recontra!—para dar un resumen de la obra de nuestro compañero. Nosotros no hacemos eso con los amigos. El que quiera saberlo que vaya y pague. Sépase únicamente que se trata de un golpe de mano—y al de-

cir de mano no quiero ¡bien lo sabe Dios! decir la menor cosa—que dan en Madrid las mujeres para apoderarse del gobierno y de todas las facultades de los hombres—y al decir «facultades», ¡bien lo sabe Dios!, etc...—Es un verdadero cambio de régimen: ellas ponen a caldo a ellos y sucede... lo que veréis si cumplís con vuestro deber y vais a ver la obra. Baste decir, para vuestra tranquilidad; que si bien por el asunto parece que las mujeres han promovido la referida revolución para ponerse los pantalones, no hay nada de eso: las señoras modernas, y en Martín, más, no se ponen los pantalones ni en broma.

MANUEL ABRIL



Dib. Enrique.—Madrid.

—¿Son Zeiss?

—¡No; son, solamente, dos que vienen a pie por la carretera!

TOLEDO

VISIÓN ACTUAL

Todo tiene una misión en este mundo y los extranjeros tienen, su correspondiente misión.

Los extranjeros no están contruídos con el exclusivo objeto de preguntar itinerarios en las carreteras, no; los extranjeros tienen una más alta misión, que es enseñar los monumentos

artísticos de un país a los naturales de éste.

Cuando los españoles somos extranjeros, o sea cuando nos vamos fuera de España, cumplimos un deber.

Llegamos a París y un amigo francés habitante allí, amigo antiguo, o conocido en el viaje, nos conduce al

Museo del Louvre, al Museo de Cluny, después os subirá a la Torre Eiffel y os llevará a Versalles.

Pues bien, si nosotros no hubiéramos ido a París, ese señor francés, no hubiera ido al Louvre, ni al Museo de Cluny, ni hubiera tenido paciencia de subir escaleras largas, ni eternizarse en el ascensor de la Torre Eiffel, ni en Versalles.

Lo mismo ocurre cuando un extranjero viene a vernos; no se concibe a un extranjero sentado en la terraza de un café, descansando.

En cuanto vemos a un extranjero pensamos. ¿A dónde le podría yo llevar? Nuestra intención no es sólo el reventarlo de fatiga, sino también el que admire nuestros tesoros artísticos.

En Madrid no nos limitamos como en otras capitales a llevar a los extranjeros por la ciudad. Aquí les hacemos coger el freno un auto y en seguida nos los llevamos de viaje.

—¡Pero si yo venía a Madrid!, nos dice el extranjero aterrado.

—Cá, usted no se va sin ver Toledo, El Escorial, Avila, Segovia y Aranjuez.

Y no se va; hay un amor propio, nacional, que impedirá al extranjero un día de descanso.

Ese extranjero, volverá a su país destrozado, pero ha cumplido su misión que es la de hacernos conocer más y mejor nuestras viejas ciudades y nuestros ricos Museos.

Ya que al detallar para mostrar, profundizamos, conocemos, y descubrimos siempre algo nuevo, en lo ya visto tantas veces.

Nuestra primera visita es a Toledo, y para dar más idea de la impresión que actualmente produce la vieja ciudad describamos en pocos trazos la vida de Pepito Toledo, niño genuinamente toledano, y para comprobación de su autenticidad baste hacer una visita a la maravillosa ciudad con extranjeros.

Pepito Toledo nació en la plaza de Zocodover, debajo de uno de los toldos del mercado; al principio no se dió cuenta de que era un niño toledano y se contentó con lanzar su largo llanto internacional.

Pero Pepito fué creciendo y al poco tiempo supo que era niño toledano.

Lo primero que aprendió fué a pedir limosna en francés y con la mano extendida perseguía a los forasteros. Otras veces les remedaba la voz y les adivinaba su nacionalidad, lo cual hacía ver en voz alta.

—Francés, francés, francés...

—O Inglés, inglés, inglés...



Dib. BEBERIDE. — París.

—Tenemos almuerzos de cinco francos y de siete francos.

—¿Y qué diferencia hay de uno a otro?

—¡Pues dos francos justos!

A los siete años se había comprado una pelotita que, sujeta con una goma, le permitía molestar a distancia a los turistas. También sabía producir ruidos y gritos atroces en las callejuelas más retumbantes.

Pero a pesar de eso los extranjeros seguían viniendo dispuestos a pasar el día en la ciudad.

A Pepito y a sus amigos los había reunido algún personaje oficial y les había animado a que perseverasen en su labor.

—Gritad mucho; pedid mucha limosna; dadles con la pelotita: todo antes que se queden a dormir en nuestra ciudad y descubran lo poco confortables que son nuestros hoteles.

Y Pepito y sus amigos conseguían su objeto; los forasteros después de visitar lo indispensable, huían espantados de la chiquillería.

Pepito era un niño que vivía de acuerdo con lo establecido y que hacía lo que sabía era de su edad, así es que en cuanto tuvo diez años se acercó a un extranjero y le preguntó que si deseaba ver la casa del Greco.

En realidad, Pepito no sabía quién era el Greco y cuales eran sus señas, mas él sabía que los niños toledanos de esa edad deben de acercarse a los extranjeros y preguntarles.

—¿Quiére usted ver la casa del Greco?

Un día, una señora alemana contestó en forma afirmativa, y Pepito sin inmutarse, llamó a un gufa que los condujo a los dos.

El mundo imaginado por Pepito, era más bien sencillo.

Pepito a los doce años sabía: que todos los extranjeros son ingleses, que las viejas extranjeras son inglesas, que las guapas son francesas, y que todo español, no siendo toledano, y que acompañe a unos turistas, es *guía de Madrid*, al que hay que ofrecer el tanto por ciento de todo lo que compran los forasteros.

Pepito sabe que la carrera cumbre es la de gufa; todos sus compañeros de generación lo han de ser, él también, y al que no sirva, lo meterán en la Academia.

Todos los humanos son gufas, menos los ingleses que son los que deben abrir la boca delante de la obra de arte y decir: ¡Ah!

Los ingleses, además, mantienen al resto de la humanidad, formada de gufas.

El padre de Pepito no fué gufa, porque entonces no habían nacido los ingleses, por eso los viejos se dedican a otros menesteres. Pero los jóvenes son y serán gufas, o héroes, o chauffeurs.

Esto también es bonito.

Los que no tienen memoria ni resistencia física para conducir forasteros a pie, se suben en una especie de automóvil y esperan que los alquilen. Des-

pués, al extranjero, le piden por la carrera un precio aproximado al valor del coche y cuando ya son ricos, derriban una casona antigua y se construyen una casita del gusto de hace treinta años con muchos miradores de cristales.

Esa es la vida de Pepito, que cuando sea un burgués adinerado dirá:

Nada de modernismos, lo antiguo es lo único respetable, lo único que hay que admirar y conservar, y enviará a sus niños con una pelotita a perseguir a los extranjeros que se despeñan entre admiraciones por las callejuelas de la magnífica ciudad.

EDGAR NEVILLE



Dib. PONCINI.—Milán.

—¡Qué oficio más go-rrino el tuyo!

—¡Por poco tiempo; ahora voy a entrar en pri-siones!

"EL CASTIGO DE ALÍ BAJÁ"

ROMANCE MORISCO DEL SIGLO XIV

(PREMIADO EN LOS JUEGOS FLORALES DE CANGAS DE TINEO)

Voy a contaros la historia del gran moro Alí-Bajá, que era hermano de Alí Cate, porque así lo quiso Alah, sobrino de Alí Caído por la parte maternal, tío de Harrum, el tirano, por parte de su papá y primo por todas partes, como después se verá. Según cuenta Honorio Maura, vivía este musulmán en un palacio de Túnez que era una cosa bestial. Amplia huerta rodeaba la mansión de Alí Bajá con campos de zanahorias tan extensos como el mar y hasta con campos de gules, que es la verdura ideal. Para juergueo de su alma tenía aquel musulmán mil jardines perfumados, bellos cual no cabe más, pues no puso mano en ellos, por suerte de Alí Bajá, don Cecilio, el jardinero espeso y municipal. Que si don Cecilio hubiera intervenido, quizá

en lugar de aquellas flores de fragancia singular hubiera puesto azulejos o aligustres del Sudán. Pájaros, flores, piropos, surtidores de verdad, árboles de extraños nombres... todo eso había... y aún más, pues si describo el palacio con meticulosidad vais a mandarme a la porra y yo aborrezco el lugar. Mas sí, voy a describir la hermosura de Miriam, una mujer favorita del gran moro Alí-Bajá que era una socia, señores, como *pa* hacer sociedad... Su rostro era una pochez, y no se quedaba atrás en estupidez corpórea ni en simpatías ni en *ná*. Tenía una voz preciosa y si acertaba a cantar, cantaba la favorita mucho mejor que en el Real. Y ocurría que las otras esposas de Alí-Bajá la tenían una envidia tan terrible, tan voraz,

que no la podían ver ni en el portal de Kaudak. Pero el moro la adoraba con un ardor musulmán y, si sorprendía un gesto o una palabra mordaz en una de las seiscientas esposas que le dió Alah, alzaba su negra mano, daba un grito fufural, aparecía un esclavo cazado a lazo a Orán, armado de una garrota más grande que el Parsifal, cogía Alí el artefacto y golpe allí, golpe allá, les atizaba una tunda que era una preciosidad.

Una noche en que llovía de una forma torrencial y el fragor de la tormenta y el ruido del huracán apenas dejaba oír nada en casa de Alí-Bajá, se detuvo ante la puerta de la mansión colosal un Ford pintado de negro, con freno y con marcha atrás. Bajó de él un individuo alto, rubio y alemán; llamó en la férrea puerta, le abrieron, entró y fué a dar al camarín recatado del soberbio Alí-Bajá. Ambos hombres conversaron con extrema seriedad echaron luego unas cuentas, regateó Alí-Bajá; conformóse el visitante con lo que dijo el sultán, se despidió, entró en el Ford y al punto se fué de allá, dominando con el ruido del motor, el huracán.

De allí a las pocas semanas llegaron un centenar de preciosos automóviles de fabricación igual. Y es fama que, desde entonces, cuando el gran Alí-Bajá, ve que pecan sus esposas y las quiere castigar, las sube él mismo a los autos y las manda a pasear. Y las pobres sufren tanto con el suplicio, que ya no han vuelto a hablar perrerías de la sultana Miriam.

—Enrique JARDIEL PONCELA



Dib.
SÉRVULO
A bacete.

—Yo soy imitador de «estrellas».
—Perfectamente; haga usted el favor de imitar a la estrella polar.

POR QUÉ, CUÁNDO Y CÓMO COMENZÓ LOLITA A DETESTAR DE LOS HOMBRES

(CUENTO CORTO DE TÍTULO LARGO)

Llovía estrepitosa y fuertemente aquella tarde. No era de esas lluvias mansas y nortañas, propias de los días brumosos de invierno. Era una lluvia ruidosa y de gruesos goterones; un intenso chaparrón, que había faltado a la costumbre de cesar a los diez o quince minutos, y que seguía, implacable, con la misma tenacidad que al principio.

Como Lolita había de salir forzosamente aquella tarde, mandó a la criada que saliese en busca de un *taxi* que la esperara en la puerta y la evitase aquel desagradable remojón. Mientras la doméstica había ido a ponerse el abrigo y a coger el paraguas, Lolita miró a través de los cristales del mirador el espectáculo triste de la lluvia. Y entonces vió, allá, en la esquina, fijo, con el cuello del impermeable hasta las orejas y el paraguas brillante de mojado, al joven rubio y tímido.

Este joven tímido y rubio, que tenía los ojos azules y la tez muy blanca, venía persiguiéndola desde hacía un par de semanas. Se lo presentó forzosamente un conocido, a quien el joven rubio debió pedirselo como un señalado favor. Retuvo la mano un poquitín, cuando ella se la brindó, y dedicó a Lolita, con algunos balbuceos, dos o tres frases de la más vulgar y trillada galantería.

Lolita no dió ninguna importancia a aquella presentación. Pero pocos días después, un día claro de sol, le vió apostado cerca de su casa, a la hora de salir. No hizo más que saludarla desde lejos, pero Lolita adivinó que él llevaba el propósito de acercarse y que luego se lo había impedido su timidez. Le observó vacilante, parado, fijo en la acera, viéndola marchar, hasta que ella volvió la esquina. Y gracias a este momento de vacilación y de timidez, Lolita comenzó a interesarse por aquel joven tímido y rubio.

Ya no le volvió a ver hasta la noche anterior a la tarde en que la lluvia caía implacable. Lolita fué, con su familia, al teatro, al palco principal vecino al prosenio. Nada más entrar, nada más sentarse y apoyar el brazo desnudo en la baranda, le vió sentado en una de las primeras filas de butacas. Le dedicó una sonrisa, una pequeña sonrisa de saludo, que él debió de agradecer muchísimo. La cabeza rubia de aquel muchacho destacaba fuertemente su mancha dorada en la penumbra del patio de butacas. Al final, cuando terminada ya la función, las luces se encendieron y el público se puso en pie, Lolita volvió a sonreírle de nuevo. Fué tan descarada esta sonrisa, que algunos vecinos de localidad miraron indiscretos y curiosos al dichoso mortal que había merecido tal distinción de una tan gran mujer, y el joven rubio quedó un poco confuso, al ver cómo le miraban con un poco de envidia.

Y, sin embargo, nada. Era tan soso, tan tímido el pobre... Verdad, también, que no habían sobrado las ocasiones. Ahora le veía allí encogido bajo la lluvia, tras la cortina que formaban los chorros que caían de su paraguas, con los zapatos y los bajos del pantalón hechos una lástima y con un aire de resignación y de sacrificio que verdaderamente daba grima.

Le dió pena a Lolita escaparse en el *taxi* y burlar de aquel modo la espera tenaz de aquel hombre que llevaría ya un buen rato soportando la lluvia.

Llamó a la doncella:
—No baje usted. Ya cogeré yo el *taxi* donde lo encuentre.
—¡Pero si está lloviendo cada vez más!

—Déjelo.
—Mire la señorita que se va a poner perdida. Como no encuentre pronto el *auto*, y en los días de lluvia ya sabe usted que es más difícil, se va a poner hecha una sopa.

—No tenga cuidado, mujer. Traígame el gorrito negro y el impermeable.

Volvió la criada con el sombrero, con el impermeable y con el paraguas. Lolita se arregló frente al espejo y rechazó:
—No; no llevo paraguas.
—¡Pero señorita! Usted no sabe el agua que está cayendo. ¿Por qué no quiere llevarlo?

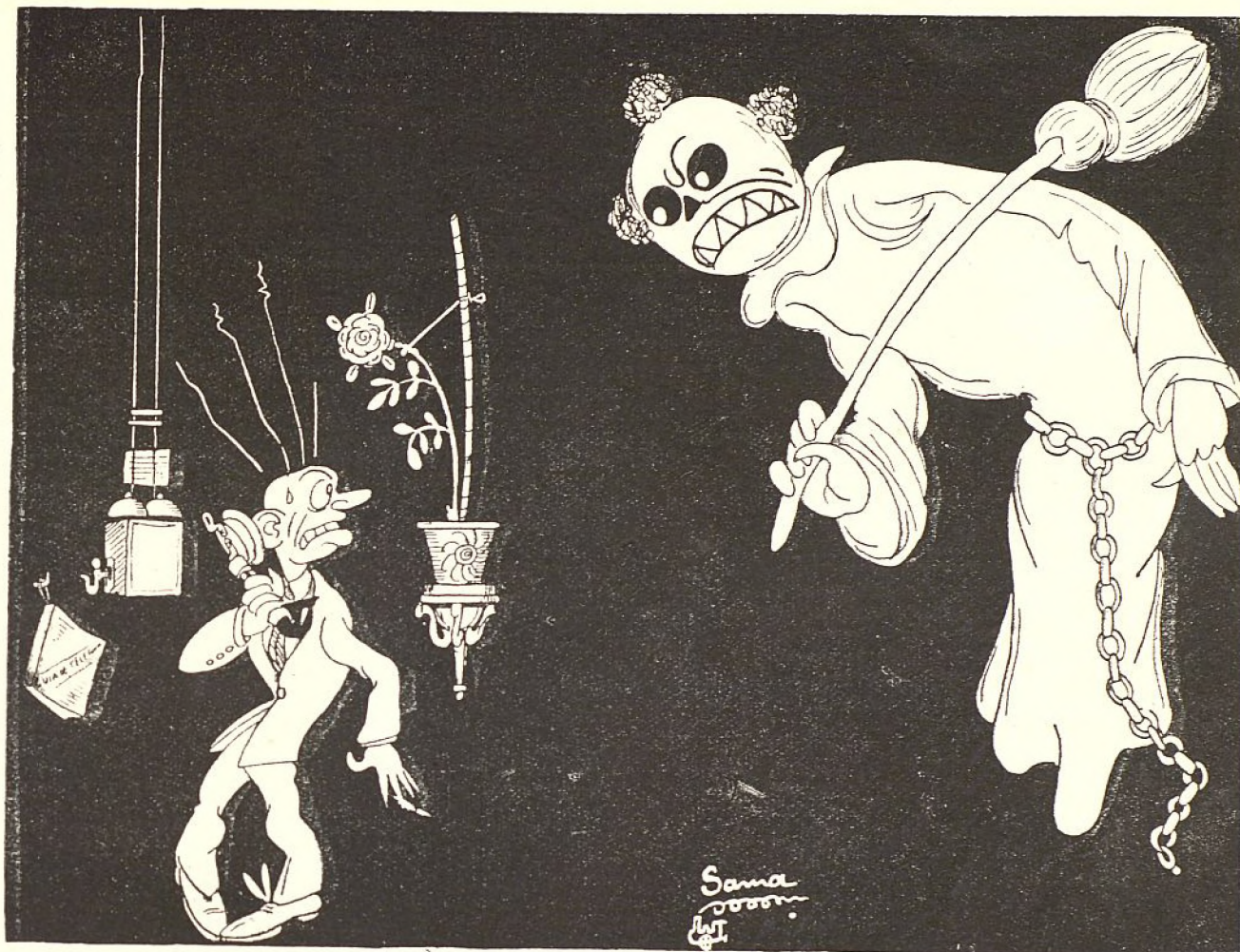
—Porque no.



Dib.
GARCÍA ALEZ
Madrid.

EL DEPENDIENTE.—Es un tíu riquísimo ¿quiere el señor que le ponga una vara?

EL NUEVO RICO.—Pero oiga, pollo: ¿Tengo yo cara de que me ponga nadie una vara?...



Dib. SAMA.—Madrid.

EL ESPECTRO DE LA MADRE DE UNA SEÑORITA TELEFONISTA. —¿Pero qué culpa tengo yo de que mi hija no le ponga en comunicación?...

Aquello podría ser una ocasión inmejorable. ¿Qué hombre, por muy corto y tímido que sea, no vence esta timidez y esa cortedad y se ofrece a cobijar bajo su paraguas a una mujer que va sin él en una tarde como aquélla?

Lolita había leído en muchas novelas cursis y en infinitas crónicas empagadas que los días de lluvia son los más propicios para el amor callejero. Sabía, a través de las lecturas, que cuando la lluvia «cae mansa, callada y triste», los paraguas ofrecen su protección celestinesca a los amantes. Además, en los días de lluvia es cuando puede ser más preciso meterse en un café, en un *taxi* o en un *simón*.

Mientras bajaba la escalera, Lolita saboreaba ya el placer exquisito de la marcha bajo la cúpula negra a través de la lluvia, muy juntos los dos, muy recogidos, rozándose al andar, cambiando el aliento, gozando de esa intimidad que proporciona el paraguas, al parecer aislarnos de los demás, al darnos la sensación de que nos encontra-

mos en una reducida habitación que marcha con nosotros.

Cuando salió del portal, la lluvia azotó sus mejillas. Bajó la cabeza, se alzó el cuello del impermeable y comenzó a andar rápida y decidida. Al verla salir, el joven rubio vino en dirección contraria por la otra acera, simulando, como el otro día, que no había estado esperándola, sino que pasaba casualmente por allí.

Al saludarla, vio Lolita cómo titubeaba, cómo vacilaba. Le contestó con una sonrisa que era una clarísima invitación. Pero el joven rubio volvió a vacilar de nuevo. Como la otra tarde, quedó parado, fijo, viéndola marchar.

Cuando pudo encontrar un *taxi*, Lolita lo mandó parar y, despechada y chorreante, se arrinconó en su interior.

...

Al día siguiente, horas después, cuando, a pesar de lucir ya un sol hermoso, aun estaban las calles enchar-

cadadas por el chaparrón, Lolita recibió, por medio de un continental, una carta del joven rubio y tímido. Era una carta que como tantas otras, comenzaba: «Desde el momento en que...». Pero que, en cambio, tenía la originalidad de concluir: «... crea usted que soy capaz de dar mi vida por usted».

El corazón de Lolita no se negó a contestarle, como el joven temía. La respuesta, más rápida de lo que él podía suponer y que le fué llevada por el mismo chico del continental, decía así: «Muchísimas gracias por el ofrecimiento de su vida, que, créame usted, no necesito. Le advierto, por si alguna otra vez se ve en trance como éste, que hay ocasiones en que vale más la oferta de un paraguas que el holocausto de una vida».

Desde aquel día, Lolita comenzó a detestar de los hombres.

No seré yo quien diga que su aborrecimiento es inmotivado.

[ANTONIO GASCÓN]

"I B E A R I O"

I

El padre Bruno Ibeas
aunque muy sabio, trueca las ideas.
Sin la debida reflexión y pausa,
el efecto confunde con la causa.
Sed optimistas y seréis felices,
dice el padre, y yo digo: ¡las narices!
Es al revés, hermano,
como ya lo enseñaba un buen cristiano.
El otro fraile que, la tripa llena,
sólo alababa a Dios, tras de la cena.
De esta manera, reverendo Bruno,
nos dará su patrón ciento por uno.

II

También el mismo padre nos asiste
con otra novedad: «el burro es triste».
¡Cómo que el burro es triste, voto a Sam,
(dijo el tío Samuel)
si hasta hablaba la burra de Balaám,
regocijando al pueblo de Israel!
Tampoco hay que alterar ese misterio,
confundiendo lo triste con lo serio.

Aunque a dicho animal, según discurro,
no le quita lo serio a lo de burro.

III

Ibeas, escritor extraordinario,
que escribe en *El Debate*,
cuenta ideas sin fin en su «ibeario»,
que yo respeto, mas que no lo acate.
Optimiza este cura
hasta la exaltación en la escritura.
Según él, «español», ande o no ande,
es preciso escribi. lo con E grande.
El hábito hace al monje, señor mío,
¡lo que es yo no me fío.
¿Qué importa el nombre en forma aparatosa?
La que ha de ser mayúscula es la cosa.

ENVÍO

A Fray Bruno, que admiro y que venero,
porque es un periodista culto y clero.

José DE LASERNA



DEL BUEN HUMOR AJENO



UN ABOGADO

por ARKADY ARBENCHEKO

I

—Puede usted felicitarme—me dijo
un joven conocido mío, la redonda faz
iluminada por una sonrisa de dicha—.
Acabo de recibir el título de abogado.

—¿De veras?

—¡Palabra de honor!

Se puso serio.

—¿No se trata de una broma?—le
pregunté.

Su seriedad subió de punto.

—Amigo mío—contestó en tono doc-
toral—: los hombres que, como yo,
constituyen la guardia de honor de la
Ley no bromean. Los defensores de
los oprimidos, los adalides de las
tan grandes tradiciones jurídicas, los

sacerdotes del templo de la Justicia,
no tienen derecho a bromear...

Y luego de mirarme unos instantes
en silencio, sin duda para ver el efecto
que sus graves palabras me habían
producido, añadió:

—¿Necesita usted los servicios de
un abogado?

Yo me di una palmada en la frente.

—¿No he de necesitarlos? Nosotros,
los directores de periódicos, somos, a
menudo, objeto de persecuciones... La
semana que viene se me juzgará, con
motivo de una noticia sobre la barba-
rie de un oficial de Policía.

—¿Qué ha hecho ese oficial?

—Le ha pegado una paliza a un judío.

—No lo comprendo: si quien le ha

pegado la paliza al judío ha sido el ofi-
cial, ¿por qué van a juzgarle a usted?

—Porque está prohibido publicar no-
ticias de esa índole, que, a lo que pa-
rece, menoscaban el prestigio de las
autoridades. Sin duda, la paliza ha
sido confidencial, no destinada, en
modo alguno, a la publicidad.

—Bueno. Me encargo de ese asunto,
aunque es difícil, muy difícil.

—Lo celebro tanto. Usted me dirá
qué honorarios...

—Los que cobran todos los abo-
gados.

—Le agradecería que fuera un poco
más explícito.

—¡El diez por ciento, hombre!

—¿De modo que si me condenan a



—Entonces le dije que no quería verle más...
—¿Y él qué hizo?
—¡Apagó la luz!

(De London Mail, Londres.)

tres meses de cárcel, usted estará en chirona nueve días en lugar mío?... Estoy dispuesto a cederle a usted el cincuenta por ciento.

El novel jurisconsulto repuso, un si es no es desconcertado:

—¿Pero no reclamará usted una indemnización pecuniaria?

—¿A quién? ¿Al tribunal? ¿Al oficial de Policía? ¿Al judío, que, dejándose pegar, ha sido, en cierto modo, la causa de mi procesamiento?

El joven abogado acabó de desconcertarse.

—¿Quién me pagará entonces? Como usted comprenderá, no voy a tra bajar de balde. El título me ha costado un ojo de la cara.

—Como se trata de un proceso político...

—En los procesos políticos, ¿no cobra el abogado defensor?

—Si es un abogado que se respeta, no.

—¿Ah, sí? ¡Pues nada, no cobraré ni un copek! ¡Haré ese sacrificio en aras de la libertad!

—¡Gracias! ¡Venga esa mano!

II

El joven me expuso su sistema de defensa.

—Usted declarará —me dijo— que no ha publicado tal noticia.

—¿Cómo! ¡Si el número en que la noticia ha sido publicada obrará en poder de los jueces!

—¿Ah, sí? ¡Qué imprudencia ha cometido usted!... Entonces, lo mejor será que declare que el periódico no es suyo.

—¡Pero si figura mi nombre bajo el título y a la derecha de la palabra «director»!

—Usted declara que no lo sabía.

—¡No, no puede ser! Nadie ignora

en Petersburgo que el director del periódico soy yo.

—Pero el tribunal no va a llamar a declarar a Petersburgo entero... Además, puede usted decir que la noticia ha sido publicada en ausencia de usted.

—Sería una mentira que no me serviría de nada: como director del periódico, soy responsable de cuanto se publica en él.

—¿Ah, sí?... ¡Caramba, caramba!... ¿Y por qué ha publicado usted esa estúpida noticia?

—¡Hombre!...

—¿Qué necesidad tenía usted de inmiscuirse en un asunto puramente privado entre un policía y un judío? ¡Ustedes los periodistas se meten en todo!

Yo bajé los ojos confuso, arrepentido de mi ligereza.

Al ver pintado el remordimiento en mi rostro, el joven se apresuró a cambiar de tono.

—En fin, no soy yo el llamado a acusarle: de eso se encargarán los jueces. Yo soy su defensor. Y saldrá usted absuelto, ¿qué duda cabe?

III

Cuando entramos en la sala del tribunal, mi defensor se puso tan pálido, que me creí en el caso de decirle al oído, sosteniéndole, temeroso de un desvanecimiento:

—¡Valor, amigo mío!

—¡Es asombroso!—murmuró, tratando de disimular su turbación—. La sala está casi vacía. Y se trata de un sensacional proceso político.

En efecto; sólo ocupaban los bancos del público dos colegiales, que, sin duda, habían leído en la Prensa la noticia de mi proceso y acudían a verme condenar. Acaso estuvieran resueltos a ejecutar a algún acto heroico para salvarme. ¿Quién sabe? Su aire era en extremo decidido y se leía en sus ojos un odio feroz a nuestro régimen político y un amor sin límites a la libertad. Tal vez su propósito fuera sacarme a viva fuerza de la sala, si el veredicto era condenatorio, y huir conmigo a las praderas mejicanas, destinadas por ellos a ser teatro de terribles hazñas mías.

Oí, sin atender apenas, la lectura del acta de acusación. Atraía casi por entero mi atención mi pobre abogado, cuyo aspecto, en aquel momento, era muy parecido al del protagonista de la obra de Víctor Hugo *El último día de un condenado a muerte*.

—¡Valor!—le repetí.

—El señor defensor tiene la palabra



—¿Qué es su huésped, señora?

—¡Un célebre inventor!...

—¿Y qué ha inventado?

—Todos los meses inventa una nueva razón para no pagarme.

(De The Humorist, Londres.)

—dijo con acento solemne el presidente, terminada la lectura del acta.

Mi abogado, como si aquello no le interesara poco ni mucho, continuó hojeando sus papeles.

—El señor defensor tiene la palabra.

—¡Empiece usted su discurso!—sursurré yo, dándole al joven un puñetazo en la cadera.

—¿Qué?... ¡Ah, sí! ¡En seguida!—contestó.

Y se levantó. Se tambaleaba. «Este muchacho, pensé, va a caérseme encima.»

—Ruego a los señores jueces—balbuceó—que aplacen la vista del proceso.

—¿Para qué?—preguntó asombrado el presidente.

—Para citar testigos.

—¿Con qué objeto?

—Con el de probar que cuando se publicó la noticia de autos, el condenado...

—El acusado—rectificó el presidente—. No se le ha condenado aún.

—Ha sido un *lapsus*, señor presidente. Con el de demostrar que cuando se publicó la noticia de autos, el condenado, digo el acusado, estaba fuera.

—Es lo mismo. Como director es responsable de cuanto se publica en el periódico.

—¡Ah, sí, se me había olvidado! No obstante...

Mi mano se agarró, nerviosa, al faldón de la levita del letrado y tiró con violencia.

—¡No insista usted!

El letrado se volvió hacia mí. Su palidez iba en aumento. Sus manos se apoyaban, trémulas, en la mesa.

—¿Que no insista? Bueno... Señores jueces, señores jurados...

—Jurados, no. ¡Aquí no hay jurados!

—No importa... Señores jurados, si los hubiera, que debía haberlos aquí, en representación de la opinión pública...

Campanillazo presidencial.

—Ruego al señor defensor que se abstenga de toda manifestación política.

—Bueno, bueno, señor presidente... El calor de la improvisación...

Larga pausa. El orador ya no estaba pálido; estaba lívido. De pronto, con la brusca resolución de un jugador desesperado que se juega a una carta todo el dinero que le queda, gritó:

—Señores jueces: tengo el honor de declarar que en el supuesto delito de mi defendido han concurrido circunstancias excepcionales.

Expectación. «¿Qué excepcionales circunstancias serán esas?», pensé.

—Expóngalas su señoría.

—¡En seguida, señor presidente!

IV

—Señores jueces: mi defendido es inocente. Es un hombre—le conozco a

fondo—incapaz de delinquir. Su moral es elevadísima.

El joven letrado se bebió de un trago un vaso de agua.

—¡Palabra de honor, señores jueces! Mi defendido, testigo presencial de la paliza policíaca...

—¿Yo?—protesté en voz baja—. ¡No siga por ese camino!

—¿No? Bueno... testigo presencial de la paliza policíaca no diré yo que fuese; pero..., señores jueces, la vida de nuestros periodistas es un verdadero calvario de privaciones y miserias. Pesan sobre ellos multas, confiscaciones, denuncias... Y, con harta frecuencia, carecen, ¡ah, señores!, hasta de un pedazo de pan que llevarse a la boca. Hallándose mi defendido, periodista entusiasta, periodista de los que ponen toda su actividad en el ejercicio de su profesión; hallándose mi defendido, señores, en una situación económica desesperada, se presenta en su casa un judío, le cuenta que un oficial de policía acaba de pegarle, y le ofrece cierta cantidad de dinero por publicar la noticia en su periódico. La tentación, señores jueces, era demasiado fuerte, y mi defendido...

—¡Señor letrado!—interrumpió, lleno de asombro, el presidente.

—¡Déjeme su señoría continuar—gritó mi defensor en un verdadero paroxismo de audacia—. Mi defendido escribió la noticia para ganarse el pan. ¿Es eso un delito? ¡Yo os declaro, con la mano sobre el corazón, que no lo es! Turgueniev, Tolstoy, Dostoyevsky, escriben también para ganarse el pan, y no se les procesa. La justicia, señores jueces, debe ser igual para todos. Yo exijo que Tolstoy, Turgueniev, Dosto-

yevsky sean traídos a la presencia de este tribunal y juzgados con mi defendido.

Tosió, se bebió otro vaso de agua y, llevándose la mano al lado izquierdo del pecho, prosiguió:

—Señores jueces: os juro que mi defendido tiene la conciencia tan limpia como la nieve que blanquea en las altas cimas de los Alpes. Es, sencillamente, una víctima de la carestía de la vida, de la miseria, del hambre. Mi defendido, señores jueces, es, además, una de las grandes esperanzas de nuestras letras, y si le condenáis... Pero no, no le condenaréis; no os atreveréis a condenarle... ¡Cuarenta siglos os contemplan!

—El acusado tiene la palabra—dijo el presidente, en cuya faz grave y canosa se dibujó una leve y discreta sonrisa.

Yo me levanté y pronuncié el siguiente discurso:

—Señores jueces: permitidme algunas palabras en defensa de mi abogado. Es un joven que acaba de recibir su título. ¿Qué sabe de la vida? ¿Qué le han enseñado en la Universidad? Fuera de unas cuantas artimañas jurídicas y cuatro o cinco frases célebres, lo ignora todo. Con este bagaje científico, que cabe en una punta de pañuelo, empieza hoy a vivir. ¡No le juzguéis severamente, señores jueces! Apiaaos del pobre mozo y no consideréis un crimen lo que no es sino ignorancia y candidez. Además de jueces, sois cristianos. Yo invoco vuestros sentimientos cristianos y os ruego que le perdonéis. Tiene aún toda una vida por delante, y se corregirá con el tiempo. Estoy seguro, señores jueces, de que, obedeciendo a los impulsos de vuestros nobles corazones, absolveréis a mi abogado, en nombre de la verdadera justicia, en nombre del verdadero derecho.

Mi discurso impresionó mucho a los jueces. Mi abogado se llevó el pañuelo a los ojos.

Cuando los jueces acabaron de deliberar y ocuparon de nuevo sus asientos, el presidente declaró:

—El acusado ha sido absuelto.

Poco amigo de ambigüedades, yo me apresuré a preguntar:

—¿Qué acusado?

—Los dos. Usted y su defensor.

Mi defensor fué felicadísimo. Los dos colegiales parecían un poco desconcertados; sin duda hubieran preferido que yo fuera víctima de las injusticias sociales.

Mi abogado y yo salimos juntos de la Audiencia y nos dirigimos a Telégrafos, donde mi abogado puso un telegrama que decía así:

«Querida mamá: Acabo de darme a conocer como abogado, defendiendo procesado político. He sido absuelto. Nico'ás.

J. G.

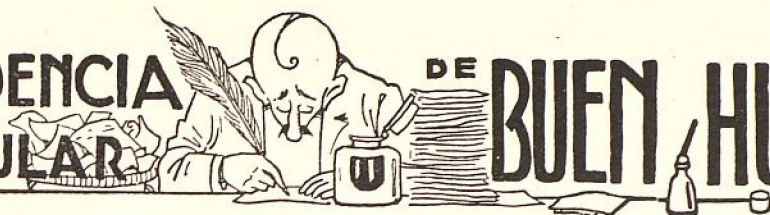


—En toda mi vida no he conocido más que dos mujeres verdaderamente perfectas...

—¡Ah! ¿Y quién es la otra?

(De *Dimanche Illustré*, París.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

A. B. C. Valladolid. —Es triste el artículo y es triste que nosotros lo tengamos que reconocer, pero es así y no hay más camino que conformarse.

Guindilla. —No vale ni un plimiento.

Arrow. Barcelona. —Nada de fútbol. ¡Pero si lo hemos dicho ya más de dos millones y medio de veces!

Galán de Galón. —Tan majaderos son los versos que nos has disparado como el seudónimo que te has encasquetado tranquilamente.

Los corsés y fajas, de casa de *Presca*, son siempre elegantes, bien a todas sientan. Y el sostén de pechos de marca *Ideal*, saben las señoras que no tiene igual.

Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00-M.

Durete Madrid. —¿Estás muerto por Elvira? ¡Pues que en paz descanses! ¡Y de paso que nos dejes también descansar en paz a nosotros!

Cook Claak. —Otra vez será, mi pobre amigo.

Tolvi. Madrid. —Me da usted lástima, me da usted pena, me da usted compasión y me da usted cada

tabarra, que no sé qué va a ser esto. ¿No habrá manera de terminar de una vez con este doble martirio, porque es que se martiriza usted y me martiriza a mí, estérilmente? ¿Quiere usted que prc bemos a suicidarnos juntos? ¡Porque todo! ¡todo!, es preferible a seguir ni un día más en tan horrible situación!

—¡Vaya dientes divinos los tuyos. —¿Ves los míos lo feos que son? — Si gastaras la Pasta de Orive los tendrías lo mismo que yo.

R. R. Cádiz. —El dibujo es malo, pero el pie es peor. ¿Qué hacemos? **T. B. C. Madrid.** —Es inaceptable.

E. L. P. Madrid. —Le pasa a su cuento lo que a mi criada. Que no sirve.

S. M. G. Valencia. —En cuanto escriba usted con ortografía y en cuanto escriba cosas que le interesen a la gente, nos pondremos de acuerdo. Mientras tanto, no estaremos de acuerdo más que en una

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA. — CARRETAS. 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

cosa: que en Valencia producen mucho dinero las naranjas y hay muchos paisanos de Blasco Ibáñez.

T. B. M. Madrid. —¡Zopencol!

E. G. C. G. Barcelona. — Su artículo se titula «Reclamaciones». Nuestra respuesta es que no admitimos reclamaciones ni de nuestra familia ¡Vaya usted con Dios!

Salustio. Barcelona.

Es un poeta muy mustio el compañero Salustio.

Carabao. Madrid. —Como usted mismo se ha retratado de cuerpo entero con el seudónimo, huelga que nosotros añadamos una palabra. Estamos absolutamente conformes.

H. O. Sevilla. —¡Usted está muy malito, mi amigo!... Consulte con el doctor, acuéstese, sude... ¡y no nos haga sudar a los demás!...

FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES

BIELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO

F. FERNÁNDEZ

FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.

L. L. A. Pestífero hasta producir mareos.

Paleólogo. Madrid. —No compartimos su opinión de que Cambó es lo que necesita España. Lo que necesita España es que Cambó la deje en paz, que es lo mismo que yo le pido a usted que haga con este semanario infeliz que no merece que se le disparen artículos políticos tan nefandos y plomizos como el que nos ocupa.

C. A. C. Madrid. —¿Con que usted va a castigar nuestro desdén publicando un semanario humorístico para hacernos la competencia?... ¡Quiá, querido compañero! ¡A quien hará usted la competencia si lo publica es a la mosca tsétsé!... ¿Usted no sabe quién es la mosca tsétsé ni el estrago que produce a que le pica? ¡Pues entérese y verá cómo tenemos razón!...

Andova. Huelva. —¡Vaya usí da paseo!

Ciprianez. Valencia. —Eso es tan absurdo como pretender poner encima de una cómoda la estatua de la Libertad iluminando el Mundo que hay en Nueva York. Estaría incómoda la estatua y estaría incómoda la cómoda, ¿no le parece?

AMADOR

FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL. 13

J. D. C. Madrid. —Usted no será bruto, pero se está usted poniendo en tan buen camino de serlo que acabará usted siendo. Esto pasa en literatura como una frecuencia que da miedo.

R. C. R. Valladolid. —Su atargo relato, titulado *El tenue latido*, nos ha dado gana de llorar, pero no nos ha dado gana de publicarlo.

Clavijo. Santiago. —Con o para darle a usted un puñetazo y no arrepentirse nunca.

Elías. Habana. —Aunque es un poco largo el viaje de Habana a *Cestona*, ese es el que acaba de realzar felizmente su cuento cubano y poco ortográfico.

Dibujos rechazados con noble indignación. — Los firmados por los siguientes y un poco criminales artistas: Lepe, Andián, Cloció, Rodríguez, P. Trarca, Domingo Domínguez, Palán, Baby, Fausto Sáez, Americano, Juan Juanes y Pink (de Madrid los doce); Cachano, Ripolla, Avenc, y C. Sar (los cuatro de Barcelona); Ibis y Puchol (los dos

!!! PARA BODAS !!!

SEGURA

FOTOGRAFO

4. Puerta del Sol, 4.
Teléfono 41-52 M.

de Valencia); Climent (de Gijón), Motete (de Valladolid), Roger de Flor (de San Sebastián), Ubierna (de Toledo) y Zar (de San Martín de Valdeiglesias).

L. P. Madrid. —No sirve.

Cobero. Madrid. — Es muy gracioso, pero resulta un poco más cochino de lo que se estilaba en este siglo.

C. CH. N. Valencia.

Para jardines, Valencia... y para percebes, tú.

CUPÓN

correspondiente al núm. 207 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Dos amigas jóvenes, de Bilbao, tienen sus respectivos novios en Santander y acuerdan por carta ir un día de fiesta que haga mal tiempo a visitar el Cristo de Limpias, confirmando a ellas la víspera la excursión con el siguiente telegrama:

«Si llueve, mañana iremos Limpias.»

Peter Alonso.—Madrid.

Yendo una mañana el tío Bartolo por una de las calles de Aragón, se encuentra con su amigo Sebastián el cual le invita a un partido al dominó para ver quién de los dos pagaba el café que por cierto le tocó en suerte al primero.

Al salir de la taberna con el desconsuelo de haber gastado unas perricas, pasa por la puerta de una iglesia y a ella se dirige el tal Bartolo en ocasión de encontrarse el cura con la cara vuelta a los fieles y pronunciar las palabras *Dominus Vobiscum*.

El pobre hombre no puede contenerse y al tiempo de salir por pies exclamó: ¡Ridíds! Si tendré mala pata hoy que entavía no hi entrau y el cura ha hecho dominó ¡na! tendré que pagar el café hasta al monaguillo.

Fernando Villanueva.

Entre amigos

—¿Vas a los toros?

—No, chico, me es imposible.

—¿Por qué?

—Pues por mi mujer; no me deja ni «a Sol ni a sombra».

Rosita de la Riva.

Anuncios de Ceuta.

En la puerta de un establecimiento de bebidas.

Se alquilan Camas, Jemones y ChORIZOS.

Luis Castilloferro.—Ceuta.

En la comisaría.

Comisario.—¿Pero otra vez aquí?

Borracho.—¡Señor, estoy muy delicado y el médico me ha dicho que tome merluza, mucha merluza y ya vé, estoy cumpliendo el régimen!

A. Pérez.—Cáceres.

El esposo (que ha dado un beso en la nuca a su consorte).

—Pero nenita: ¿hoy no te has afeitado?

«Ullendusa».—Sevilla.

Semejanza.

—¿En que se parece un joven bueno a un teatro?

—En que lo echan a perder las malas compañías.

Mari Pepa Fernández.

Teniendo la tos que tienes curar no se concibe, ha de desaparecer tan sólo, tomando Jaraba ORIVE.

Dos mendigos que llevaban una semana a dieta forzada, penetran en una huerta y acercándose a un peral pónense a comerse su fruto con el ansia natural.

Una vez hartos, exclama uno: tendré hambre que me las he comido con cáscara y todo.

El otro extrañado: ¿Pero, tenían cáscara?

Antonio Romero.

Alcázarquivir.

Entre amigos.

—¿Con qué ganas subiría yo en aeroplano!

—Pues yo un día tuve ocasión de subir y no fui.

—¿Tienes miedo?

—No; pero me costaba cuatrocientos francos y no sabía qué disculpa dar a mis padres en que me los gastara.

—¡Tonto! ¡Haberles dicho que «volaron»!!

Garrofin.—Vigo.

En una consulta médica.

—Eso es reuma. Un mal hereditario. ¿Ha habido algún reumático en su familia?

—Sí, señor, mi hijo.

—Pues lo ha heredado usted del chico.

Salaconi.—Alicante.

bre olvidarlo todo. Fué a tomar posesión y le notificaron que tenía que encargarse a Sevilla una gorra galoneada.

El futuro polizonte se hizo tomar la medida para un sombrero de la localidad la cual arrojó la cifra de cuarenta centímetros.

Y escribió en estos términos: «Mándeme lo más pronto posible una gorra de Cabo de los Municipales con cuarenta metros de entrada».

De Sevilla le responden «Conformes con su pedido que nos honra, pero le rogamos que a correo seguido nos diga si la gorra es para la montera de una Plaza de Toros».

Sixto Lobillo Herrera.—Tetuan.

—¿Qué cosa no se da con largueza?

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—¿Cuál es el colmo de un ferroviario aficionado al gramófono...?

—Poner en el diafragma de un gramófono una «aguja» de la vía férrea y escuchar una audición del disco del furgón de cola.

Antonio Ruiz Caños.—Bilbao.

—El pan, porque se da con corteza.

—¿Como ven ustedes el chiste no tiene miga!

Aullo Agello.—Oviedo.

—¿Cuál es el colmo de un oculista?

—Operar de cataratas a los ojos del Guadiana.

E. Martínez.

En la Peluquería.

El peluquero.—¿Cómo quiere que le corte el pelo?

El parroquiano.—Lo más deprisa que pueda.

Gregorio León (a) Gorlito.



La Gorra del Cabo.

En cierto pueblo andaluz fué nombrado cabo de los Municipales un pobre hombre que tenía por costum-

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dib. BRADLEY.—Madrid.

—Cuando Ernesto me pregunte por mis antepasados ¿qué le digo?

—Pues, nada, para que no se extrañe de no verlos, puedes decirle que están en el extranjero.

Ayuntamiento de Madrid